

BISKAWIT

Nada me apetece menos que irme de aquí. Sé que es probable que sea la última vez que veré a mi padre, y me parece demasiado injusto. Quiero estar cerca de mi padre, y no en otro país del quinto pino, donde me conocerán como <<la refugiada>>.

-Te quiero, papá. -Le digo.

Él sonríe entre lágrimas de tristeza, porque sabe, como yo, que no podrá verme nunca más.

-Uhibuk ya abnati. -Pronuncia.

Siempre hemos hablado español porque mi madre nació y se crio en Barcelona, pero es cierto que esa frase no se me escapa: Significa <<te quiero, hija>>. Mi madre sonríe al entender la frase tan bien como yo.

Es cierto que se iban a separar antes de que estallara la guerra, pero la situación les llevó a querer esperar un poquito más. Solo un poquito, fue un momento de paz entre la separación de mis padres y el inicio de la guerra. Total, ahora se van a tener que separar, quieran o no.

Abrazo a mi padre, y él me revuelve el pelo.

-Haz lo que te guste, Biskawit.

Espero que siempre me acuerde de este mote cariñoso que es en particular de mi padre. No sé desde cuándo me llama así, pero me encanta. Mi madre me abraza mientras lloro, y me acompaña hasta el camión rodeándome con un brazo.

Nos sentamos y mi padre nos saluda con la mano, con la mirada triste, a través del cristal. Pego la cara a la ventanilla mientras lloro en silencio, y solo cuando el camión, rumbo a El Cairo arranca, me doy cuenta de lo que acaba de pasar.

Mi padre se ha quedado en Gaza, porque ha sido reclutado para la guerra. Mi madre y yo acabamos de coger un camión que llevará a los refugiados hasta Egipto y luego, nosotras cogeremos un avión hacia Barcelona, porque tenemos familiares allí (mi abuela, primos y tíos

por parte de madre, aparte de algún pariente lejano) y nos corresponde llegar hasta allí.

Soy Nahíd, tengo 13 años y ésta es mi historia.

LLEGADA A EL CAIRO

Hace cinco horas y media que nos hemos despedido de mi padre, y nos quedará media hora para llegar a El Cairo. Me emociona conocer a mi abuela, primos y tíos, ya que solo los conozco por fotos. Nunca he salido de Gaza, excepto ahora, y dudo mucho que les apeteciera venir hasta Gaza solo para conocerme, así que... <<Haz lo que te guste, Biskawit>>.

Lo que me hubiera gustado hubiera sido que viniera con nosotras. Aunque fueran a separarse. Eso me da igual. De hecho, hace un mes, hace relativamente poco, había pensado que el hecho de que mis padres se separaran porque ellos querían, era lo peor.

Eso lo creía hasta hace una semana, cuando avisaron a mi padre de que había sido reclutado y que nosotras nos teníamos que marchar de refugiadas a Barcelona. Es cierto que es lo mejor que podían ofrecernos, pero ¿cuánto les costaba incluir a papá en esa oferta? Así que, ya no se estaban separando porque querían, sino porque les obligaban. Y lo que es peor. Me han separado de mi propia familia.

Es cierto que venir con mamá me da fuerzas, pero, ver a papá ahí, de repente solo, me ha dado mucha pena.

-Solo nos separa un cristal, Biskawit, no estamos tan lejos. -He conseguido leer en sus labios, al mismo tiempo que el camión empezaba a moverse.

Se me humedecen los ojos al recordarlo, solo que ahora nos separan cuatrocientos kilómetros. Solo me doy cuenta de que hemos llegado cuando el camión se detiene, muy poco a poco, frente al aeropuerto de El Cairo, situado al noroeste, como a veinte kilómetros del centro de la ciudad.

-Vamos, hija. Hemos llegado. -Me dice mi madre.

- Vaya, debo haberme quedado medio dormida.
- Vamos, nuestro vuelo sale pronto.
- Cogemos las mochilas y entramos al aeropuerto.
- Salidas, ahí es. Corre, Nahíd...
- ¡Mamá, faltan cinco horas para que salga el avión!
- Lo sé, lo sé... Ya sabes que siempre soy así para estas cosas...

Asiento, aunque no tiene demasiado sentido: nunca he pasado por situaciones de este tipo, sin mi padre y en un aeropuerto. Y a punto de coger un avión hacia Barcelona. Nuestras pequeñas mochilas cumplen las medidas reglamentarias para poder incluirlas en el avión como equipaje de mano, así que no hay necesidad de facturarlas.

Nos limitamos a sentarnos en un banco en el interior del aeropuerto y permanecemos en silencio.

Saco de la mochila la única foto que tengo en papel y la que pienso pegar en la pared de mi nueva habitación al llegar a Barcelona. Mi padre, notablemente más joven, posa de pie en la playa, conmigo en brazos. Mi madre, al lado de mi padre, me hace cosquillas en mis pies descalzos. Ahí sí que éramos una familia feliz.

Veo que mi madre le ha mandado un mensaje a mi padre, y que probablemente nunca leerá: **"Mohamed, ya estamos en el aeropuerto."** Al menos dudo que lo vaya a contestar pronto, y al mirar el reloj me doy cuenta de que solo falta media hora para que nuestro avión salga.

Le advierto de eso a mi madre, y mientras cargamos nuestras mochilas hasta la terminal, mi padre nos envía un mensaje. **"Buen viaje, chicas"**. Aún no puedo creerme que haya contestado, cuando nos manda otro mensaje: **"Te quiero, Biskawit"**: Entramos en el avión cuando quedan

diez minutos para que despegue, nos sentamos en nuestros asientos y esperamos.

Las azafatas nos explican todas las medidas de seguridad, y nos advierten que este vuelo será nocturno, que hará escala en Francia y que, finalmente, a las seis de la mañana, llegará a Barcelona. Son las once y media de la noche cuando el avión despegue, y me preparo para un vuelo que promete ser largo.

ESCALA EN FRANCIA

No sé en qué momento me duermo, pero cuando despierto, gracias a mi madre, ya hemos llegado a Francia y somos las últimas en salir del avión.

-Hija, te has quedado dormida... -Sonríe mi madre.

-¿Cuánto dura esta escala?

-Es corta, de una hora y media, pero nos da tiempo a comer algo y a ir al baño, ya que no tenemos que facturar de nuevo las maletas. -Dice señalando su mochila.

Decido comprobar si la foto con mis padres sigue en mi mochila, y me alegra ver que sí. Papá no nos ha enviado ningún mensaje más, y es bastante lógico que esté ocupado. Decido no darle más vueltas al asunto, y le digo a mi madre que voy a ir al baño.

<<Te quiero, Biskawit>>. Me vuelvo, pero no veo a nadie conocido y mucho menos a mi padre, así que continúo mi camino. Debo habérmelo imaginado.

Cuando de nuevo me reúno con mi madre, solo faltan tres cuartos de hora para que despegue el avión, así que nos dirigimos a una tienda con bocadillos, que pese a que no haya tanta actividad en el aeropuerto como en el de El Cairo, tardamos en dar con ella.

Aún me estoy acabando mi bocata cuando llegamos a la terminal, así que decido apurarme mientras esperamos a que nos abran paso hasta el avión.

-Vamos, Nahíd. -Me advierte mi madre.

Me siento cómodamente en mi lugar, al lado de mi madre, y una azafata nos ofrece unas galletas. Cojo una y la mordisqueo mientras pienso en el mote Biskawit, que significa galleta. Se la enseño mamá sonriendo, y estoy segura de que comprende la razón por la que estoy contenta.

-Biskawit. -Susurra. Yo asiento, y vuelvo a acordarme de papá.

En poco tiempo, llegamos a Barcelona, y no puedo evitar que mi corazón se acelere al pensar que por fin conoceré a una parte de mi familia.

-Vamos, cielo. -Me apoya mamá, al ver que me quedo parada por los nervios.

-¡Lea! -Grita la madre de mamá, mi abuela, al reconocer a su hija.

-¡Hermana! -Dice entonces Aída, mi tía, abrazando a mi madre.

-¡Quita del medio! -Dice Maya, la gemela de mamá.

Las cuatro se abrazan.

Nadie me hace ni caso a mí, claro. No sé lo que esperaba: ¿que ignorasen a mi madre mientras preguntaban por Nahíd? Claro que no. A mi abuela y tías solo les importa mi madre, a la que llevan sin ver trece años. Es lógico, yo también reaccionaría así... Si no hubiera una vergonzosa sobrina (o nieta) al lado. En ese caso, hubiera intentado incluirla en el abrazo.

No sé si es muy arriesgado acercarme a mis primos, pero aun así lo hago. Paso desapercibida por delante de mis tías, mi abuela y mamá, y me acerco a ellos.

-Hola, nueva. -Dice una chica, aparentemente mayor que yo.

Me siento extraña, rara. De no haber cometido semejante locura, yo no estaría aquí.

-¿Cómo te llamas? -Pregunta entonces un chico de mi edad.

-Nahíd. -Digo en voz baja.

-Enric. -Sonríe. No sé si intenta ser simpático conmigo, o si es así con todo el mundo.

-Ésta es Rita... -dice señalando a la chica que ha hablado al principio. -Éste es Álex... -señala a otro chico de la edad de Rita. -Y ésta es mi hermana, Mireya. Tiene tres años. -Comenta, aunque

no haya preguntado.

-Qué mona. -Sonrío, por decir algo.

Rita resopla detrás de mí. ¿Cómo puede ser que me odie, si acabo de llegar? No me da tiempo a pensar, ya que Mireya está tirando de mi mano, con ganas de jugar. Me río con ella, pero no puedo evitar volver a pensar en Rita y en mi padre, pero sobre todo en mi padre.

Intento sacarle conversaciones a Rita, hablándole sobre el viaje, preguntándole sobre Barcelona, sobre la casa. Sobre mi nueva casa. Ya no es Gaza, sino Barcelona. Qué horror. Nada me gustaría más que volver a Gaza, con papá, con mis amigos, con los de siempre. Con mi gente.

Después de un rato, salimos del aeropuerto hacia la que será mi nueva casa.

DESPUÉS DE UNOS DÍAS...

Aún no me he acostumbrado a decir **Adeu** en lugar de **Alwadae**, cuando me doy cuenta de que ya llevo varios días en Barcelona. El primer día me enseñaron mi habitación, y me sorprende no tener que compartirla con nadie, así que pego la foto con mis padres en la pared de al lado de mi cama. En realidad, todo el mundo parece contento con nuestra llegada, menos...

-¡NAHID! ¡SUELTA ESO! -Me chilla Rita. -¡Es mi jersey, así que ya decidiré yo si lo doblo o no!

-Lo siento. -Balbuceo.

Recoge su jersey y sale del salón, donde yo estoy doblando toda la ropa limpia, porque, desde que he llegado, me esfuerzo por ayudar en las tareas de casa.

-Anda que con "la Biskawit"... -Suspira en voz baja. Creo que cada día que pasa me odia más, y no es justo: ¿Qué le he hecho? ¿Doblarle el jersey?

-¡Nahíd! -me llama mi madre, que no sé cuánto tiempo lleva delante de mí. -¡Te estaba hablando! Ya sé que tu prima no es del todo agradable, pero intenta ignorarla: No va a servir de nada pelearte con ella.

-Ya lo sé, pero es injusto. -Digo.

-Todo es injusto, hija. Si el mundo fuera justo, nosotras seguiríamos en Gaza.

Me quedo callada, pero es cierto.

Regreso a mi habitación sin intención de seguir recogiendo la ropa después de lo que ha ocurrido. <<Si el mundo fuera justo, nosotras seguiríamos en Gaza>>. Pues es verdad. También estaríamos con papá, no habría conocido a mi nueva familia, ni habría venido hasta Barcelona.

Me tumbo en la cama y observo la foto. Observo a mi padre. <<Te quiero, Biskawit>> Suena dentro de mi cabeza. Siento que, al mirar la foto, estoy cada vez más cerca de él. Más conectada con él. Y espero que algún día, eso sea verdad.

-Piensas mucho en él, ¿no?

Un momento. UN MOMENTO. Eso no ha sonado en mi cabeza.

-¡Nahíd! -Sonríe Enric. -¿Piensas mucho en tu padre?

-Pues... -Baluceo.

-Sí, ¿no? -Pregunta.

-Sí. -Confirmo.

-Es normal -comenta, después de un silencio que he aprovechado para echar de nuevo un vistazo a la foto. -Yo también estaría así.

-Gracias, Enric.

-De nada, prima.

Enric se va, y con él toda la esperanza que me había dado. Esa manera de hablar sobre mi padre es... reconfortante. Casi lamento que se haya ido, cuando empiezo a sentir unas cosquillas en mi mente. No en mi cabeza; en mi mente. Es una sensación que no podría explicar con palabras, creo. Una voz empieza a sonar en mi cabeza, primero suave, pero cada vez más fuerte. Al principio no consigo identificar lo que escucho, pero las palabras suenan cada vez más claras

según voy poniendo el oído. <<ARAK QARIBA, Biskawit>>. Me cuesta traducir la frase, pero, tras un largo rato pensando, consigo descifrarla: <<Nos veremos pronto, Biskawit>>. Sonrío, y de pronto tengo ganas de ponerme a saltar, bailar, jugar y reír. Todo lo que no me ha apetecido desde que estalló la guerra. Hasta hoy. Sé que es papá. Su voz, mi apodo. Tiene que ser él.

Espero que sea cierto, que podamos vernos pronto. Que mamá, papá y yo volvamos a ser una familia. Distinta, pero una familia. Intento pensar muy fuerte, pero, sinceramente, no entiendo cómo mi padre ha conseguido enviarme este mensaje telepático. No sé si alguna vez le llegará, pero creo que mi ilusión recorrerá los casi tres mil kilómetros de distancia entre Barcelona y Gaza.

Mohamed Odeh. 17:15. Franja de Gaza.

Sonrío al notar esas cosquillas en la mente. Me muerdo los labios al pensar en lo lista que es mi hija. Estoy impaciente por escuchar el mensaje que me envía, y de cierto modo pienso que estamos más cerca. Unidos telepáticamente. <<ANA UHIBUK AYDAN YA ABI>>. Un mensaje corto, simple, pero que me llega hasta el fondo del corazón. Imagino a Nahíd corriendo hacia mí, gritando lo que acaba de enviarme: ¡Yo también te quiero, papá!